

**RAFAEL
LORET DE MOLA**

**DUELO CON
EL PODER**

PRESIDENTE INTERINO • SECRETOS DE ESTADO • SANGRE POLÍTICA

grijalbo

Índice

Presidente interino	7
Secretos de Estado	43
Sangre política	89
<i>Advertencia</i>	131
<i>Protagonistas y personajes</i>	133

“Sufragio efectivo, no reelección”, repitió en voz alta Francisco López Arenas en cuanto leyó el viejo eslogan revolucionario incluido al calce del documento oficial; luego, miró de reojo el óleo con la imagen de César, su hermano menor, el presidente de la República. Francisco, “Pancho” para sus amigos, bien podría considerarse un hombre muy exitoso, salvo por un detalle: no es el jefe del país. Como jefe del Programa Nacional de Equidad (Prone), Francisco controla el más ambicioso de los proyectos sociales del régimen, necesario para la supervivencia histórica de “su” grupo. Ahora recordaba, con poco entusiasmo, las palabras que César dirigió al patriarca cuando aquel fue nombrado candidato a la primera magistratura: “Tardamos en llegar veinte años... pero al fin lo conseguimos”.

En la carretera, Francisco López del Castillo se distrae recordando el pasado. Político talentoso, había alcanzado un ministerio, desde donde ambicionó llegar a Los Laureles, la residencia oficial del presidente del país. En la caseta de la autopista de cuota, el dependiente reconoce al viajero: “Es el padre del señor presidente”. Por supuesto, tanto su vehículo como el de la escolta tienen vía libre. Más adelante, toman un camino vecinal, de apenas seis metros de ancho. La vista es magnífica; el ánimo, nostálgico. El Lincoln negro de don Francisco atraviesa la verja de El Vellochino. Los custodios, seis militares, ven entrar al patrón meditabundo, quien ni si-

quiera responde el saludo cortés del sargento al mando. El panorama es inmejorable: los picaderos y corrales deslumbran como nuevos. Y el sol otoñal comienza a ocultarse.

César López Arenas atiende, con vivo interés, la exposición numérica del secretario del Tesoro. Áspero en materia política, Antonio Martínez Argüelles ha desarrollado un singular talento para la administración. Se trata del hombre adecuado ubicado en el momento y el lugar adecuados.

“No cabe duda: Antonio puede ser un buen prospecto”, medita el presidente sin perder el hilo de la argumentación. Tras una gira por Europa, Martínez presenta buenas cuentas: la paraestatal El Acero, un gigantesco monopolio, ya tiene nuevos dueños. Las penurias del país obligan a los más altos funcionarios a fungir como promotores y vendedores eficientes. “Me agrada que Antonio comience a compenetrarse en materia política. Va tomando la estatura necesaria. Y yo tengo más naipes en la mano para jugarlos en el momento oportuno”, razona el mandatario.

Ernesto J. Ulibarri, gobernador de la gran capital, encabeza la lista. Estudioso y analítico, dejó el examen acerca de los lastres del sistema para incorporarse al equipo de trabajo de su antiguo compañero de aulas, César López Arenas. “Si no fuera por sus precipitaciones... A veces creo que le falta madurez para evitar enfrentamientos. Otras veces, aunque no sea su intención, me estorba”, continúa cavilando el presidente. Le vienen más nombres a la mente. ¿Mario Delgadillo? Titular de Planeación. Demasiado joven: “Aunque yo también lo era hace seis años”. ¿Manuel Cocom Parrado? Secretario de la Propiedad Rural: “Sería capaz de negar sus orígenes para apa-

recer como redentor. Tiene sed de protagonismo”. ¿Alberto Paz? Responsable de la Secretaría de la Tierra, la Flora y la Fauna: “Es hijo de extranjeros y la Constitución lo inhabilita. Podríamos iniciar una reforma... pero el hombre no se cuece al primer hervor”. “Voy a ser, a los 46 años, uno de los ex presidentes más jóvenes”. Se entristece. Mira a su alrededor, la sede del poder, y reconoce que todo aquello tiene su sello. La noche terrible de las elecciones, el entonces jefe del país, Adolfo de la Tijera, casi fuera de sí, le había telefonado:

—César, nos dieron. ¿Qué vamos a hacer?

—Sacar las cifras como sea. No hay otra. Definitivamente, la situación es muy grave. Dentro de unos minutos, en cadena nacional, voy a anunciar mi victoria, reconociendo algunos éxitos parciales de la oposición. Usted ordene, se lo ruego, que cese el flujo de números. Díaz Torquemada nos la debe, ¿no?

—Sí, pero... ¿No será peligroso?

—Lo peligroso sería perder el control y ceder el poder. ¡Eso nunca, señor presidente!

¿Qué habría pasado de ser otro el candidato, más dúctil y menos vigoroso? El temporal habría arrastrado al sistema.

“El país se le iba de las manos a don Adolfo. Y él lo sabía. Parecía un náufrago, a la deriva”, evoca López Arenas.

Observa su propio retrato, con la bandera al fondo y el escudo nacional. “Eso no volverá a ocurrir. No, mientras yo sea presidente”, se repite a sí mismo con resolución.

Apenas diez días después de haber concluido su mandato presidencial, Adolfo de la Tijera celebra su cumpleaños en la casona colonial que había crecido “hacia adentro”, para no exhibir la bonanza de quienes residían en ella.

—Raúl, ¿llegó alguien?

—Ya está aquí Sebastián, don Adolfo —le anunció su secretario privado.

—Hazlo pasar de inmediato.

—¡Felicidades, patrón! —gritó Sebastián Ganzúa con aire festivo, al tiempo en que abría los brazos.

—¿Cómo te va en tu nueva chambita?

—Apenas nos vamos acomodando. Es difícil aceptar que ya no despachamos en Palacio y que usted no es el presidente.

—Pero te llevas bien con López Arenas. Siempre cuidaste nuestra relación y me atrevo a decir que le cubrías la espalda.

—Bueno, usted sabe como se las gasta Díaz Torquemada, a quien nunca le he tenido confianza. Es más: aún no entiendo por qué usted lo sostuvo en su puesto y hasta lo impulsó al gabinete actual...

—Hay cuestiones que no entenderías... y Díaz Torquemada las conoce. Sábe mucho, demasiado. Dejarlo suelto habría sido casi un suicidio... para mí y para César.

—¿Tan grave es el asunto, señor?

De la Tijera no respondió. Aquel era un asunto amargo y prefería no tratarlo.

—Señor presidente —había dicho con desparpajo Díaz Torquemada—; es necesario, señor, que continúe ejerciendo la presidencia con mayor discreción personal. Su vida privada puede ocasionarle graves disgustos. Mi deber es decírselo.

De la Tijera palideció. ¿Qué pretendía decirle un subordinado y hasta dónde quería llegar? ¿Cuál era el precio?

—No siga, Juan. Deduzco que usted está enterado...

—Por desgracia, así es. Tengo fotografías hartamente comprome-